

A las nueve menos cuarto del día nueve de abril de 1904, en la residencia del palacio de Castilla de París, moría Isabel II. Tenía 74 años. Su muerte era el final de un proceso de neumonía iniciado en el mes de febrero anterior por una gripe que le dejó numerosas secuelas. Ocho días después, los restos mortales de la reina fueron trasladados a España para ser enterrados en el panteón real del monasterio de El Escorial.

El Gobierno francés, que durante tantos años había dado asilo a Isabel II, no siempre con idéntica generosidad y cortesía, cuidó que se rindiesen los debidos honores a sus restos mortales. La Guarnición de París formó a lo largo del trayecto entre el palacio de Castilla, en la avenida Kléber, y la estación de Quai d'Orsay, asistiendo el ministro de Asuntos Exteriores en representación del Presidente de la República. El desfile del cortejo fúnebre por los Campos Elíseos fue un verdadero acontecimiento presenciado por multitud de personas agolpadas en ambas aceras. Muerta la reina, al poco tiempo se vendió, en pública subasta, el palacio de Castilla. Allí se levantó el actual Hotel Majestic, lugar frecuentado por los millonarios norteamericanos.

Un codicilo añadido pocos días antes de su muerte al testamento otorgado en junio de 1901, completaba las últimas voluntades de la reina, cuya herencia giraba en torno a los quince millones de pesetas de aquel tiempo, se dividió entre sus tres hijas, mejorada la infanta Isabel, la mayor de ellas, con la parte del tercio libre, y los herederos del rey Alfonso XII; además de numerosas mandas piadosas o destinadas a personas amigas y a servidores.

Isabel II nació el diez de octubre de 1830, hija de un tardío matrimonio, el cuarto de Fernando VII; fue bautizada con los nombres de María Isabel Luisa, y sus padrinos fueron el Infante don Francisco de Paula y su mujer, la infanta Luisa Carlota, tíos suyos y futuros suegros. Cuando Fernando VII muere, Isabel tenía tres años. En sus 74 años de existencia, la vida de Isabel se articula en dos periodos, de casi igual duración: el que comprende hasta 1868, fecha de su destierro tras la revolución de septiembre, y la etapa de exilio hasta el 9 de abril de 1904. Se ha dicho que todo le vino demasiado prematuramente a la reina: el trono cuando tenía sólo tres años, la mayoría de edad para iniciar prematuramente el reinado, a los 13 años, y el destronamiento cuando iba a cumplir 38 años.

En 1843, cuando juró la Constitución para iniciar su reinado, uno de sus preceptores, el profesor de Religión, Rodrigo Valdés, comentaba que iniciaba su reinado con *escasas luces y sin ninguna experiencia*. Por todo lo que sabemos de ella, hasta este momento, tales palabras son totalmente asumibles. El profesor Espadas Burgos, uno de los que más ha investigado a Isabel II y su periodo y ha leído con detenimiento un gran número de cartas y minutas autógrafas, afirma que *“tenía la personalidad de una mujer de escasísima formación, con una letra torpe y de trazo inmaduro, con innumerables faltas de ortografía y con unos comentarios de una simpleza absolutamente impropios de una persona que se había ocupado durante treinta años de la Jefatura del Estado”*. José Luis Comellas la define como *“mujer simpática, castiza, espontánea, poco culta, que resultaba una curiosa mezcla de majestad y ordinariez...”* No era la persona ideal para presidir la complicada realidad histórica de su tiempo. En esa personalidad inmadura tuvo mucho que ver su madre, la regente María Cristina y los distintos preceptores, más interesados en los conflictos del momento, que de la formación política de la futura reina.

Desde el 30 de septiembre de 1868 hasta abril de 1904, en que muere en su residencia del palacio de Castilla, antiguo palacio Basilewsky, en París, Isabel II reside en el exilio, salvo temporales estancias en España durante el reinado de Alfonso XII. Es casi la mitad de su vida. Es, incluso, una etapa fundamental para comprender el propio reinado de Isabel II, ya que su comportamiento es, en múltiples ocasiones, repetición de los errores de sus años en el trono. Ni Isabel II ni los suyos aprendieron la lección que la crisis y la revolución de 1868, tan vivamente les vino a enseñar. Su discurrir por el exilio fue continuación de las *camarillas*, desavenencias y personalismos que habían sido norma del reinado.

Por otro lado, la vida íntima de la reina Isabel durante el exilio siguió dando suficientes motivos para todo tipo de comentarios y cuchicheos. Un personaje tan desacreditado como Carlos Marfiori, incluido, según numerosos testimonios de la época, en la lista de amantes de la reina, continuó en los primeros años del exilio su valimiento sobre Isabel II. Todavía en los últimos años de su vida, afirma el embajador español en París, Fernando León y Castillo, aparecía un extraño personaje, un joven judío, que decía ser su secretario, tesorero y administrador y pasaba la mayor parte del día en palacio, sin vivir allí. Pero para entender algo de esta faceta personal de Isabel hay que remontarse a 1846, cuando, con 16 años, es obligada a casarse con su primo, Francisco de Asís, elección que no pudo ser más nefasta. Ya en el fracaso inicial del matrimonio (él padecía una reconocida impotencia que contrasta con los once partos de la reina) están todos los elementos que se iban a repetir una y otra vez durante el reinado y aún en el exilio entre los dos esposos: la aversión mutua, que condujo a continuas separaciones. La responsabilidad que en el paulatino desdoro de la monarquía isabelina tuvo el rey consorte. El gusto por la intriga, la tendencia a clericalizar el juego político, etc. En general, la visión histórica de la vida activa y en el exilio de la reina Isabel II no es positiva en muchos aspectos.